

ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de treinta y dos páginas, á una peseta trimestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Marzo de 1888

Año III

N.º 27

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

18 DE MARZO DE 1871

MEMORABLE fecha que celebra con júbilo el proletariado del mundo entero. Un pueblo asediado por la arbitrariedad, víctima de la traición y rendido por el sufrimiento, asalta los poderes para gobernarse por sí mismo, invitando á los demás pueblos á que sigan su ejemplo. Este pueblo era el de París, el pueblo honrado, el que paga, no el que está siempre dispuesto á servir de comparsa en las mogigangas políticas; y por esto su acción fué decidida. Pocas veces se atreve el verdadero pueblo á pedir cuentas y á encargarse directamente del bien público; pero cuando la copa del dolor rebasa una sola gota, enarbola su bandera roja, recobra su soberanía y como único dueño dispone cuanto le place, haciéndose irresistible.

La bandera de los comunistas franceses no la puede recoger ningún partido político, porque ninguno de ellos puede atreverse á los elementos constitutivos de la sociedad presente, bajo pena de la propia anulación como gubernamentalistas, sean del color que fueren, como hicieron valerosamente los mártires de la *Commune*. Poco tiempo y con tremenda lucha, pudo el pueblo de París vivir vida libre; pero con ser tan corto el período revolucionario, la patriotería cayó derrumbada con la columna de Vendôme; la propiedad perdió el carácter inviolable y sagrado de la individualidad posesora para entrar en el patrimonio universal; el Estado quedó anulado, restituyéndose la libertad comunal; la religión quedó fuera de la cosa pública para albergarse en el terreno privado; la instrucción metamorfoseada dejaba paso á la instrucción positiva; y, en suma, poco ó mucho la mano del revolucionario obrero tocó todos los cimientos sociales y poco faltó para que alcanzara victoria. Mas la solidaridad revolucionaria no había ganado todos los cerebros, y los obreros de París sucumbieron víctimas de las felonías del Monte Valerien y de Versalles y de la presión de los sitiadores alemanes, después de larga y obstinada guerra, en la que se glorificaron muchos desconocidos hombres, y cuya sangre derramada se ha convertido en positivo abono para la redención humana.

Al tributo de admiración hacia los comunistas, á las imponentes manifestaciones de entusiasmo con que se celebra por todas partes el 18 de Marzo sintetizando el comienzo de la lucha por la emancipación social, se asocia

LA REDACCIÓN.

LAS MENTIRAS CONVENCIONALES DE NUESTRA CIVILIZACIÓN

La Mentira Económica

V

Los males de la civilización que alcanzan á mayor número de individuos y de la manera más profunda y constante, son los males económicos. Infinito es el número de los que no se preocupan de la religión, de la ciencia, de la filosofía ni de la política; pero no existe un hombre civilizado á quien no preocupen las cuestiones de la producción y del consumo. Todo el que tiene conciencia de la propia existencia experimenta necesidades, murmura ó se revela contra la dificultad ó la imposibilidad de satisfacerlas, y ve con amargura la desproporción entre lo que representa su trabajo y los goces que puede proporcionarse, porque establece una comparación entre su parte personal de los beneficios de la naturaleza y de los bienes debidos al trabajo humano y la parte de los otros hombres.

Ningún otro asunto apasiona tanto á las masas; en ningún tiempo han sido tan violentos como en nuestros días los contrastes entre el pobre y el rico. Los economistas que afirman que el pauperismo es tan antiguo como el mundo abusan de las palabras. Hay pobreza absoluta y pobreza relativa: la absoluta es aquella en que un hombre no puede satisfacer sus necesidades vitales; la relativa es la que impide la satisfacción de las necesidades artificiales, y en este sentido, en la actual civilización, todos, cual más cual menos, sentimos relativa pobreza.

El hombre primitivo no se somete humildemente á la miseria; lucha contra ella, y triunfa y adquiere la abundancia, ó sucumbe; en cambio la alta civilización condena á la pobreza absoluta á una multitud cada vez más numerosa, porque favoreciendo el engrandecimiento de las ciudades á expensas de la población rural y el desarrollo de la gran industria á las de la producción animal y vegetal, crea un proletariado que no posee una sola pulgada de terreno y es lanzado fuera de las condiciones de existencia naturales del hombre y ha de morir forzosamente el día que encuentra cerradas las fábricas y los talleres.

El proletariado actual de las grandes ciudades no tiene antecedentes en la historia; es un producto de nuestro tiempo. Es más miserable que el esclavo de la Antigüedad, porque no se halla mantenido por un amo, y si tiene sobre éste la ventaja de la libertad, preciso es declarar que esta libertad es sólo la de morir de hambre. Su situación es peor que la del vagabundo de la Edad Media, porque carece de su alegre independencia, se insurrecciona rara vez contra la sociedad y no tiene el recurso de apropiarse por el robo y el pillaje lo que el orden reinante le niega. El rico es, pues, más rico, y el pobre es más pobre que su antecesor de los tiempos pasados. El lujo y las orgías de la Antigüedad y de la Edad Media eran hechos aislados y raros; además el lujo tenía la precaución de ocultarse en un círculo social estrecho donde la masa desheredada nada veía. Hoy la extravagancia de los ricos no se encierra en los salo-

nes de las casas particulares, sino que se manifiesta en las calles, en los paseos, en los teatros, en las carreras y en las estaciones de baños, sirviéndose por añadidura de los periódicos para hacer ostentación del eterno banquete y del continuo carnaval en que viven los poderosos. Con eso tiene el proletario un elemento de comparación que faltaba al antiguo, las prodigalidades de los millonarios, de que es testigo, son como la medida exacta de su propia miseria.

Los economistas calman la conciencia de los que poseen invocando la ley del salario que, según dicen, no se eleva á más de lo necesario ni desciende á menos, con lo cual aseguran que todo va bien en este mundo, el mejor de los mundos, sin comprender que esa ley no alcanza al que carece de trabajo ó al que no puede trabajar, lo que da por resultado una serie de privaciones y de causas de enfermedad y de muerte que la estadística traduce por una mortalidad en que el pobre está comprendido por una mitad ó una tercera parte mayor que la de los individuos afortunados que viven en el mismo clima y sobre el mismo suelo. Las estadísticas de enfermedad y de mortalidad de la población obrera estigmatizan la ley del salario como vergonzosa mentira.

Al lado del arrogante millonario y del proletario condenado á la enfermedad y á una muerte prematura, existe otra clase de hombres que en el orden económico les ha tocado peor parte que al esclavo industrial de las grandes ciudades; esa gente son los que, teniendo una educación superior, carecen de fortuna personal y han de ganarse su existencia con el trabajo intelectual. Respecto de ese trabajo, la oferta es horriblemente superior á la demanda; las carreras liberales se hallan tan invadidas que los que las siguen se estorban mutuamente, y la lucha por la existencia toma en ellos formas repugnantes. Esos desdichados que buscan una posición pública ó privada, un empleo de profesor, un éxito como artistas, escritores, abogados, médicos, ingenieros, etc., son, como consecuencia de su más alto desarrollo intelectual, susceptibles de mayor intensidad del sentimiento de su miseria; su trato más íntimo con las gentes que viven en la opulencia hace más patente su pobreza; la preocupación social les impone un género de vida que, sin valer más higiénicamente considerado, exige sacrificios infinitamente mayores que los del proletario, y lograr el bienestar en su carrera es casi siempre el premio de bajezas y humillaciones que para las naturalezas bien dotadas son mucho más dolorosas que las privaciones materiales. Como estos hombres sufren con mayor intensidad, soportan con mayor impaciencia que los proletarios la opresión del orden económico. El nombre de *declassés* con que generalmente se les designa es un tanto despreciativo, pero esos infortunados son la intrépida vanguardia del ejército que sitia el arrogante edificio social y que al fin conseguirá derribarle (1).

(1) Max Nordau, al hablar de los *declassés*, dirá la verdad respecto de los países que conoce, pero desconoce á España, donde los *declassés* se arrastran por lo general á los piés de la burguesía y prestan un numerosísimo contingente á las farsas políticas, á la chismografía del periodismo y á la empleomanía. Esta gente, inspirada por el

Analizando el cuadro trazado se ve al rico gozando sin trabajar, al proletario condenado al aniquilamiento físico y al trabajador intelectual destrozado por una concurrencia mortífera.

La riqueza de los privilegiados proviene de la herencia, del comercio, de la especulación ó de la grande industria.

Una fortuna heredada no permanece inalterable en una familia, y los millones de Rothschild no pueden proteger á sus descendientes contra la miseria á la sexta ú octava generación, si no poseen cualidades especiales. Por una ley natural, el individuo que no ha tenido necesidad de ejercer el instinto orgánico de procurarse la subsistencia, pierde la facultad de conservar y defender su fortuna.

El comercio interior, neutralizado por la concurrencia, no realiza excesivas ganancias; no así el que cambia mercancías deterioradas por los productos de pueblos semisalvajes, pero allí también irá con el tiempo la concurrencia, y pronto se entrará en el interior del Africa y del Asia como en cualquier nación de Europa. El comercio abominable es el que se ejerce por medio del acaparamiento absoluto, que obliga al consumidor á renunciar al artículo ó á pagar el precio exorbitante que se le exige, y es el que tiende á predominar por medio de las grandes compañías.

La especulación es uno de los más intolerables fenómenos morbosos de la organización económica. El especulador es un verdadero parásito; nada produce; ni siquiera presta, como el comerciante, el servicio más ó menos discutible de un intermediario; se limita á sustraer por la astucia ó la violencia á los trabajadores una parte importante de su trabajo; es un bandido que despoja literalmente á los productores de sus productos y obliga á los consumidores á comprárselos mucho más caros, sirviéndose del *alza* y de la *baja*. La Bolsa es su guarida, y desde allí, como sus antecesores los caballeros-bandidos de la Edad Media, degüella á los pasajeros.

La gran industria facilita al usufructuario de un capital la explotación de los trabajadores que alquilan su fuerza productiva. La diferencia entre el valor real de esta fuerza, expresada por el precio de los productos, y el jornal que se les paga, forma la ganancia del capitalista, y esta ganancia es siempre desproporcionada y usuraria.

Resulta evidentemente que en todos los casos la riqueza se adquiere apropiándose el fruto del trabajo ajeno; sólo en este sentido debe entenderse la sentencia exagerada y por consiguiente falsa de Proudhon: «la propiedad es el robo.» No es robada la propiedad que resulta del cambio de una suma determinada de trabajo contra una suma proporcional de bienes; pero el gran capital, es decir, el acaparamiento en una sola mano de bienes que un individuo, aun cuando su trabajo sea el mejor remunerado, no puede adquirirse por la propia producción, constituye siempre un robo del cual son víctimas los trabajadores.

egoismo, envilecen su dignidad y su talento y no sirven para nada; merecen su miseria. Tales son los que en España se llaman con ridícula petulancia *obreros de la inteligencia*.

La minoría de ladrones para quien trabaja la comunidad entera está poderosamente organizada; tiene en primer lugar á su servicio la legislación. A la cabeza de toda ley de los Estados civilizados podría decirse: «Señor legislador, sois rico ó esperáis serlo, y declaráis crimen todo lo que pueda impediros gozar ó abusar de vuestra fortuna.» Aun cuando la genealogía de una fortuna se remonte al robo, sea conquista, sea presa de los bienes del clero, sea confiscación política de fortunas, el crimen se convierte en un título de posesión inatacable si se ha sabido conservar la propiedad durante cierto número de años. No le basta al millonario la ley con su auxiliar el gendarme, necesita el socorro de la superstición y reclama de la religión una cerradura para su caja, introduciendo en el catecismo una frase que declara la propiedad sagrada y la ambición de los bienes del prójimo un pecado que ha de castigarse con el fuego del infierno. Completa el privilegiado su obra de defensa falseando la moral, y al efecto persuade á la mayoría á quien explota de que el trabajo es una virtud, sin que le importe la contradicción en que se coloca, toda vez que él no trabaja.

Cada día más el trabajo manual es en la civilización actual sinónimo de falta de instrucción, y no obstante, la organización de la sociedad hace imposible la cultura superior al que nada posee; el hijo del pobre apenas puede frecuentar una escuela primaria, porque la necesidad le obliga al trabajo desde el momento que haya quien le alquile. El proletario no puede hacer que su hijo beneficie la cultura superior porque es pobre, y sin embargo hace estudiar al hijo del rico, puesto que él es el que en último término paga todos los impuestos que sufragán las universidades. Los males sociales y económicos se encadenan en un círculo vicioso: el obrero es despreciado porque carece de instrucción, pero no puede instruirse porque la instrucción cuesta dinero. Los ricos, pues, se han reservado, no solamente todos los goces materiales, sino también todos los intelectuales. Si á pesar de todo un hijo de las clases bajas adquiere la instrucción superior al precio de privaciones ó humillaciones, si alcanza diplomas de la Universidad, éste no vuelve jamás al trabajo de sus padres, es un explotador más, y sólo á esta condición es admitido entre los privilegiados, si no será uno de tantos entre los *declassés* que contribuya á aumentar el número de excedentes de las profesiones liberales.

Al lado de la minoría de los ricos ociosos que viven del trabajo de los otros, y del grupo de los inútiles que creen poder sacar de un diploma cualquiera el derecho de vivir como parásitos, hemos visto al obrero industrial arrancado al suelo que le nutre naturalmente. ¡Qué lamentable figura, en medio de nuestra civilización tan ensalzada, la del proletario! ¡Qué crítica tan terrible de nuestro estado social! La Bruyère describe así al labrador-siervo francés de su tiempo: «Vense ciertos animales bravíos, machos y hembras, esparcidos por los campos, negros, lívidos y tostados por el sol, inclinados hacia la tierra que remueven sin cesar con una tenacidad invencible; producen sonidos semejantes á la voz articulada, y cuando se levantan sobre sus piés muestran un rostro huma-

no, y en efecto, son hombres. Por la noche se retiran á sus madrigueras; donde se alimentan de pan negro, de agua y de raíces; ahorran á los otros hombres la fatiga de sembrar, labrar y cosechar para vivir y merecen que no les falte una parte de ese pan que han sembrado.» Esta descripción conviene al jornalero de nuestra época: miserablemente alimentado, embrutecido por el alcohol, sucio por el trabajo, anémico por la fatiga y por las condiciones antihigiénicas que le rodean, con una descendencia tísica y escrofulosa, vive peor que el salvaje de la Australia; como él vive al día, é inferior á él carece de libertad. La solidaridad humana sólo se manifiesta para el trabajador por la imposición de infinitos deberes que apenas le conceden un derecho.

*

¿Es consecuencia la actual situación económica de una ley natural ó irrevocable? Trátase de saber si los pobres tienen hambre porque la tierra no produzca para ellos alimentos en cantidad suficiente, ó porque, aunque existan, no están á su alcance. Si los alimentos existiesen para todos en cantidad suficiente y de buena calidad, la parte correspondiente al pobre, pero que no puede procurarse, debiera quedar sin empleo; mas la experiencia enseña que no sucede así: cada año se consume por completo la cosecha de cereales y de plantas nutritivas de todo género. Esto demuestra que los ricos despilfarran más que lo que necesitan, y en ese despilfarro los alimentos representan la menor cantidad. El millonario disipa horriblemente para satisfacer su orgullo, su vanidad y su concupiscencia. Admitamos que haya en el mundo civilizado un millón de esos disipadores; con sus familias respectivas formarían cinco millones de individuos, que consumirían alimentos por quince millones de hombres. Esto explica suficientemente que quince millones carezcan de lo necesario, ó que treinta millones satisfagan á medias sus necesidades. Cálculos prudentes permiten evaluar el número de los menesterosos, solamente en Europa en un doble, ó sea en sesenta millones; luego es preciso recurrir á la hipótesis de que la tierra no produce lo suficiente.

Examinando esta hipótesis encontramos que si la tierra no da alimento suficiente para todos es porque no se le pide. La moral capitalista tiene siempre á su servicio un Malthus que proclama con la mayor desvergüenza: «La tierra no puede nutrir á la multitud de seres humanos; es preciso diezmar esa multitud.» En seguida predica la abstinencia sexual para los pobres, y poco falta para que proponga la castración de todo individuo que no tenga rentas (1), y reformar la humanidad sobre el modelo de las sociedades de las hormigas y de las abejas, en que un corto número de individuos poseen el privilegio de la procreación, mientras los

(1) En Inglaterra se ha dado el caso de que un sacerdote protestante desde la cátedra del Espíritu Santo ha predicado el onanismo á los mineros de ambos sexos que acudían al templo á santificar las fiestas. La Biblia, libro elástico que provee de textos para apoyar lo mismo las virtudes más sublimes que las mayores infamias, sin duda ofrecería al pastor evangélico algún versículo con que prestar aquel asqueroso servicio á los grandes lords propietarios de las minas.

demás individuos no tienen sexo y deben trabajar para los que se hallan completamente desarrollados.

La Europa sustenta 316.000,000 de habitantes en 9.710,340 kilómetros cuadrados; es decir, los sustenta de un modo incompleto, porque importa de la India, del Cabo, de Argelia, de la América del Norte y de Australia trigo y carne en gran cantidad á cambio de vino, sardinas y harina en cantidades relativamente pequeñas, y á pesar de esos préstamos de materias comestibles deja perecer de hambre á una gran parte de su población. Así considerada Europa parece incapaz de sustentar 32 seres humanos por kilómetro cuadrado; pero Bélgica mantiene 5.536,000 habitantes sobre 29,455 kilómetros; en aquel país un kilómetro cuadrado es suficiente para 200 seres humanos, ó sea más de 6 veces el término medio hallado para toda Europa. Si el suelo de toda Europa estuviese cultivado como el de Bélgica, en vez de sus 316 millones podría sustentar 1,950 millones, número mayor de habitantes que el que actualmente compone la humanidad entera.

Se objetará que la Bélgica para atender por completo á su subsistencia ha de recurrir á la importación. Convenido: admitamos que Bélgica compre en el extranjero una cuarta parte de sus alimentos; siempre resulta que le quedan 150 seres humanos por kilómetro, lo que daría para toda Europa 1,458 millones, número también mayor que el de los habitantes del mundo. La China, sin sus dependencias, mide 4.024,890 kilómetros cuadrados con 405 millones de habitantes; el kilómetro cuadrado sustenta, pues, más de 100 hombres, y de una manera completa, porque la China, lejos de importar alimentos, vende cantidades inmensas de arroz, té, conservas, etc. Por esto en aquel país, según unánime testimonio de todos los viajeros, no se conoce el hambre ni la miseria más que en los malos años, lo que se explica por el sistema imperfecto de sus comunicaciones y no por un déficit alimenticio del imperio. Si Europa estuviese cultivada como la China podría mantener 1,000 millones de hombres en vez de sus 316 millones, tan desgraciados y miserables en su mayor parte, que millares de ellos emigran cada año á las otras partes del mundo.

El capitalismo ha dado á nuestra civilización un desarrollo falso y antinatural, dirigiéndola á la industria y al comercio y separándola de la producción alimenticia. La ciencia económica oficial se ha puesto al servicio de la economía egoísta y capitalista. El hijo del campo renuncia á la tierra, á la libertad, á la superabundancia de aire y de luz para encerrarse en las mortales prisiones de la fábrica y de los barrios obreros de las ciudades. Nos hallamos á sorprendente altura en la industria y somos completamente bárbaros en agricultura; esta incomprensible discordancia es la causa de todos los males que lamentamos, de aquí se originan la soberbia de los dominados, la humillación de los oprimidos y la degeneración de nuestra especie.

*

El sentimiento del carácter insoportable de la situación económica es

general. El proletario desheredado reconoce que por el trabajo crea riquezas y reclama su parte; pero ha cometido el error de fundar sus reivindicaciones sobre multitud de teorías que no soportan la crítica, y con esto consigue la burla de sus explotadores (1).

Nos amenazan grandes catástrofes sobre el terreno económico, y no será posible detenerlas mucho tiempo. Mientras la multitud fué creyente, se le podía consolar de la miseria terrestre con vagas promesas de felicidad celestial: hoy que las luces se extienden cada vez más, se ve disminuir el número de los pacientes que encuentran en una hostia la equivalencia de una comida de que carecen, y para quienes un sitio en el cielo, prometido por un cura, equivale á la posesión inmediata de un buen campo en su pueblo. Los pobres se cuentan, y como el hambre es del corto número de las potencias elementales contra las cuales no sirven ni la amenaza ni la persuasión, vendrá un día la fuerza á derribar hasta sus cimientos el edificio social levantado por la superstición y el egoísmo.

LOS PRODUCTOS DE LA INDUSTRIA

EN el trabajo sobre *Los productos de la tierra* ha quedado demostrado que ésta proporciona con largueza lo que necesitamos, y que la agricultura, aunque rudimentaria como es actualmente, produce en realidad dobles sustancias alimenticias que las que son precisas para alimentar en abundancia á la humanidad entera.

Al consignar, con pruebas irrefutables, que la miseria consiste en el pésimo reparto que se hace de los productos y no en su insuficiencia, hemos evidenciado y condenado á la vez los sofismas que los burgueses tratan de invocar para justificación de sus monstruosos privilegios.

La demostración no sería, sin embargo, completa, si no hiciésemos respecto de los productos industriales las mismas indagaciones que hemos efectuado sobre los productos agrícolas. Comer no es la única y exclusiva aspiración de la humanidad: el hombre debe satisfacer otras necesidades fisiológicas casi no menos imperiosas. Le es indispensable vestirse, tener habitación, abrigarse, para poder ejercitar sus facultades intelectuales y físicas. Los productos fabricados son los que aseguran al individuo la satisfacción de esas primordiales necesidades y las que le proporcionan, hasta lo excesivo, cuanto constituye el bienestar y el lujo.

Debe, pues, calcularse lo que el individuo proporciona anualmente para poder abarcar todos los términos del problema que deseamos resolver.

Lo que asombra desde luego, cuando se estudian las condiciones de la sociedad actual, es el enorme desenvolvimiento que ha tenido bajo todas sus formas el trabajo industrial, son los progresos que realiza todos los días y que parece han de ser ilimitados aún por mucho tiempo. En tanto que la agricultura se halla, según hemos demostrado, casi en todas par-

(1) El autor sostiene aquí una especie de polémica entre el egoísmo, el colectivismo y el comunismo, que termina con la proclamación de la solidaridad universal. Suprimimos esta parte, porque, sobre alargar demasiado este trabajo, no tiene gran importancia para nuestro objeto. Max Nordau vale mucho cuando combate y niega, y relativamente poco cuando afirma y trata de persuadir.

tes en un estado estacionario, la industria ha llegado, por el contrario, á un grado de perfección verdaderamente asombroso. Con 60 millones de obreros las manufacturas de Europa y de los Estados-Unidos dan un producto que supera á 94 mil millones de pesetas. Con un número más que doble de trabajadores, la agricultura no obtiene en esos mismos países un valor de 78 mil millones.

Esta superioridad de la industria sobre la agricultura depende ciertamente de la mayor y más grande suma de laboriosidad suministrada por los obreros industriales, que por regla general son más aptos é inteligentes que los trabajadores del campo; aunque también consiste en el poderío de las máquinas.

Si la industria no tuviese á su disposición más que los músculos de sus obreros, cada uno de ellos llegaría á producir diariamente un trabajo equivalente á 300,000 kilogramos, no produciría la mitad de lo que produce y su superioridad sería escasísima.

Pero la industria se ha aprovechado maravillosamente de muchos recursos de la naturaleza. El calor solar, acumulado en los combustibles vegetales y minerales, leñas, carbones, hulla, lo ha transformado en calderas de vapor y fuerza mecánica. Aprovechase también la industria de cuantos progresos realiza la ciencia diariamente, y merced á ellos construye los instrumentos de su supremacía. Gracias á esta aplicación inteligente de las fuerzas naturales y de los descubrimientos debidos al talento humano, la industria dispone hoy, para el servicio de sus máquinas y aparatos, de una fuerza mecánica enorme. Nada comparable con la hulla, ese retén de combustible, cuya gran importancia indicó Buffon, en el siglo pasado, con la penetración de su genio. Ella impulsa 10.000,000 de caballos de vapor, que representan la fuerza de 787 millones de hombres.

Y no hay que temer que esta fuente de fuerza mecánica se agote en muchísimo tiempo; porque el retén de combustibles minerales es todavía enorme. Los terrenos hullíferos de Europa y de los Estados-Unidos, cuya superficie es, según Neumann Spallart, de 538,000 kilómetros cuadrados, ó sea una superficie superior á la de Francia, más la Córcega, encierran aún cientos de millones de toneladas de hulla.

El retén de Inglaterra solamente pasa de 140 mil millones de toneladas, con el prodigioso consumo de combustibles que se hace en la actualidad; las minas de hulla deben evidentemente empobrecer más y más cada día, y según lo que consumen, podía calcularse cuándo debería agotarse por completo. Pero no verá el mundo civilizado el día de tan terrible déficit; pues muchísimo tiempo antes las minas hullíferas habrán llegado á ser inútiles para la industria. Esta reemplazará al vapor por otro agente de diversa importancia, pero tan poderoso, y que no tendrá temor de que disminuya nunca su retén de producción á consecuencia del consumo diario.

Todo indica, si se tiene en cuenta el punto á que ha llegado la ciencia actualmente, que en el siglo próximo podrá el hombre producir y utilizar la electricidad, mejor que lo efectúa hoy con el vapor mismo. Hay además en la superficie de la tierra fuerzas casi enteramente desatendidas,

que no se utilizan, y contienen, sin embargo, un formidable producto de fuerza, como son las corrientes y las caídas de aguas. Estas fuerzas, que tienen una permanencia absoluta y no se hace uso de ellas, son veneros inagotables de electricidad y de potencia mecánica. Puédese formar una idea de la fuerza que contienen, considerando que solamente el Niágara representa más de 2.000,000 de caballos de vapor, ó sea la fuerza de 150 millones de hombres.

Como que el problema de la transmisión de la fuerza mecánica ha sido, con corta diferencia, resuelto por Marcel Despres, la industria tendrá ciertamente de aquí á poco el medio de aumentar indefinidamente su poderío ya formidable. Puede pronosticarse para esta rama del trabajo humano una era (que, lo repetimos, no está lejana) en que la producción manufacturera irá siempre aumentando, en tanto que el esfuerzo humano necesario para realizar esa producción misma irá siempre disminuyendo. En otros términos, puédese afirmar que la humanidad podría darse lo superfluo andando el tiempo, trabajando mucho menos que lo ha efectuado otras veces para darse solamente lo estrictamente necesario.

Compréndese, pues, cuánto habrán de cambiar las condiciones de la vida en esta tierra que tan generosamente nos da el alimento para sustentarnos, el combustible para que nos calentamos y la fuerza motriz para fabricar cientos de veces todo cuanto nos es útil.

No nos ocupemos por ahora de lo que respecta al porvenir: estudie mos las condiciones actuales de la industria y veamos cuál es su producción anual.

Hé aquí el cuadro que hemos podido delinear sirviéndonos de todos los documentos estadísticos publicados.

*Valor de la producción industrial de Europa y de los
Estados-Unidos, en 1886*

Inglaterra.	20,500.000,000 de ptas.
Francia.	13,000.000,000 »
Alemania.	12,000.000,000 »
Rusia.	6,000.000,000 »
Austria-Hungría.	5,250.000,000 »
Bélgica.	3,000.000,000 »
Italia	2,925.000,000 »
España.	2,400.000,000 »
Holanda.	1,000.000,000 »
Escandinavia.	925.000,000 »
Suiza.	800.000,000 »
Portugal.	500.000,000 »
Dinamarca.	400.000,000 »
Turquía-Grecia.	20.000,000 »
Principados danubianos.	5.000,000 »
Estados-Unidos (1).	26,000.000,000 »
TOTAL.	94,725.000,000 de ptas.

(1) En el valor de la producción industrial de los Estados-Unidos están comprendidos los productos de las minas de petróleo y el algodón en bruto que se ha exportado.

Así, pues, el valor total de la producción industrial es, actualmente, de noventa y cuatro mil setecientos veinticinco millones. Hay que unir á esa suma la que representan los combustibles minerales y vegetales no consumidos por la industria misma.

Puédese fijar esta suma en 3,000 millones de pesetas por lo menos, dando por admitido que las hulleras y los bosques suministran anualmente por valor de más de 8,000 millones de productos. El valor, pues, de la producción industrial es, como decíamos, de 94,725.000,000 de pesetas.

Cifra enorme ciertamente; pero que no nos indica la cantidad total de productos industriales que podrían ser distribuídos mañana en el caso de un reparto equitativo.

En efecto, para una evaluación exacta y completa nos precisa no olvidar que los productos fabricados no se emplean ni usan inmediatamente, como los productos de la tierra, que se consumen ó se destruyen al paso y medida que se producen; la mayor parte de ellos duran muchos años, y vuelven á entrar, cuando han servido, en la corriente industrial bajo distinta forma. De tal modo, que la suma de objetos fabricados, utilizables cada año es dos terceras partes, por lo menos, superior á la fijada por las estadísticas de la producción anual.

En lo que se refiere á 1886, representémosla, pues, por los números siguientes:

	97,725.000,000 de pesetas.
	65,150.000,000 de »
TOTAL.	162,875.000,000 de pesetas.

Cuya cifra, repartida entre los 387 millones de habitantes de Europa y de los Estados-Unidos, tocaría á 421 pesetas por cabeza.

Hé aquí una suma suficiente, porque en la población de Europa y de los Estados-Unidos hay un inmenso número de niños que no necesitan para su sustento de un gasto tan grande.

En la hipótesis, pues, de un reparto justo, equitativo, poniendo por tasa 421 pesetas por persona, una familia, compuesta de cinco individuos, padre, madre y tres hijos, tendría anualmente por valor de 2,105 pesetas de productos industriales á su disposición. Es lo que basta holgadamente, suponiendo que una multitud de exigencias, no impongan más que un solo gasto común.

Pero vamos á ver ahora que la suma de productos que podrían tocar á cada individuo en la hipótesis de un reparto general, es todavía más considerable. En el cuadro que ha servido de base á nuestras evaluaciones, el valor de la producción industrial de cada país, ha sido calculado, efectivamente, según los precios de fábrica, y no es á precio de fábrica como nosotros compramos los productos fabricados que nos son necesarios.

Estos productos llegan á los consumidores después de haber pasado por multitud de intermediarios, y representan en el momento en que nos utilizamos de ellos, un precio excesivamente superior á su valor primitivo.

La hulla, por ejemplo, que cuesta en Francia 12 pesetas la tonelada, además del acarreo de la mina, véndese en las ciudades de Europa á 50,

60 y 70 pesetas: la sal, que se evalúa á 44 pesetas la tonelada en las estadísticas mineras, véndese en pequeñas cantidades á 150 ó 200 pesetas; las bujías valen 1,700 pesetas en fábrica y 3,500 ó 4,000 en casa de los revendedores; el jabón 620 pesetas la tonelada, acabado de elaborar, y 1,600 ó 2,000 en los almacenes; la mayor parte de los tejidos que usamos adquieren un valor triple, quíntuple y hasta diez veces mayor cuando los utilizamos como vestidos: hay en fin, objetos farmacéuticos, por ejemplo, que pagamos hasta cien veces más que su valor real y efectivo.

No es posible calcular con exactitud rigurosa cuanto aumentan el precio de los productos industriales los transportes, los impuestos, las gabelas, los gastos del comercio, las utilidades de los corredores y de los operarios; pero se puede afirmar que unos con otros, tales productos han adquirido por término medio, un valor quíntuplo de su valor primitivo en el momento que se entregan á los consumidores. Por consecuencia, el valor en venta, el valor mercantil, digámoslo de este modo, de la producción industrial de Europa y de los Estados-Unidos, no es el de 162,875.000,000 de pesetas, sino de 814,375.000,000 de pesetas.

Representa esto 2,104 pesetas por habitante. ¿Es esta cantidad suficiente para asegurar con holgura las necesidades de cada individuo? Se puede afirmar desde luego que sí, pero para resolver matemáticamente la cuestión, vamos á calcular por pesetas, la cantidad de productos industriales necesaria á cada individuo durante un año.

Esta cantidad no es tan fácil fijarla como la de las sustancias alimenticias, de que tiene necesidad el hombre para su subsistencia. Sabemos en efecto, según los trabajos de los fisiólogos, cuál es la ración alimenticia del hombre, en tanto que los economistas no nos dicen cuál es su *ración industrial*. Sin embargo, no es muy difícil hacer esas indagaciones y fijar el precio.

Para calcular lo que cada persona debe consumir indispensablemente de productos fabricados, basta con sentar el principio de que los gastos principales del hombre, fuera de la comida y de la vivienda, son los ocasionados para abrigarse, alumbrarse y vestirse. Toda persona que tiene habitación, alimento, fuego, luz y vestido, no tiene ya sino reducidísimos, insignificantes gastos que hacer para gozar de bienestar.

Y ¿qué cantidad será suficiente á cada uno para proporcionárselo?

Vamos á decirlo; pero para que no pueda objetársenos de que hacemos cuentas galanas, tomaremos como base de nuestra evaluación, no los gastos de un campesino ó de un jornalero, habituados á lo estrictamente necesario, sino los de un burgués acomodado, que vive en ciudades donde la vida cuesta mucho más de lo que puede sobrellevar la medianía.

Hé aquí el cuadro que puede diseñarse bajo esta hipótesis.

Gastos anuales de una persona acomodada

Leña y alumbrado.	80 pesetas.
Vestido y calzado.. . . .	450 »
Gastos secundarios.	70 »
TOTAL.	600 »

¿Es exacta la cifra de 600 pesetas? Podemos afirmar que es superior á la mitad de gastos de las personas pudientes que viven sin hijos, pero con muchas comodidades.

Por otra parte, ese gasto representa el anual de un adulto, y en la población de Europa y de los Estados-Unidos hay, ya lo hemos dicho, millones de muchachos, próximamente 55 millones, cuyos gastos de conservación son muy inferiores. Sea como se quiera, tomemos esa cifra tal cual es, y comparémosla con la que indica el reparto personal del valor industrial disponible anualmente: obtendremos el siguiente cuadro:

Valor de los productos fabricados por individuo.	2,104 ptas.
Valor de gastos de conservación por individuo.	600 »
Diferencia á favor.	1,504 »

Los números que preceden nos permiten deducir una consecuencia sencillísima.

Todos sabemos, inútil es demostrarlo, que hay muchas más casas de las que son necesarias para que tengan conveniente y cómoda habitación todos los hombres: hemos probado en *Los productos de la tierra* que las sustancias alimenticias son doblemente superabundantes de lo que las necesidades de la humanidad exigen: en fin, el estudio de los productos industriales nos persuade de que la cantidad de objetos fabricados, evaluada en pesetas, es tres veces superior á la suma que representa los gastos indispensables de conservación. El hombre tiene necesidad de 600 pesetas de productos industriales por año y la industria le facilita por valor de 2,104. Hay, pues, no sólo para proporcionar á todos y á cada uno el bienestar indispensable á la vida, sino hasta cierto lujo pródigo.

Y las conclusiones á que hemos llegado serán todavía más evidentes, más palpables, si comparamos como en *Los productos de la tierra* los gastos de conservación y el valor de los productos, no ya por habitante, sino por el conjunto de población que ha servido de base á nuestro estudio. Según lo que hemos calculado antes, el valor de los gastos anuales de conservación es el de 600 pesetas por persona. Será, pues, para la población de Europa y de los Estados-Unidos de 600 por 387,000 = 232,200,000.000 de ptas.

Comparando este total con el del valor industrial disponible cada año, se obtiene en definitiva el siguiente resultado:

Valor de productos fabricados, utilizables anualmente.	814,375.000,000 ptas.
Total de gastos de conservación.	232,200.000,000 »
Diferencia á favor.	582,175.000,000 »

En el estado actual de la industria, hay, pues, con relación á las necesidades particulares de cada individuo, un enorme sobrante de producción industrial. ¿Qué se hace con este excedente que, repartido entre todos, daría á cada cual una suma grandísima para estar bien? Parte de él se gasta en reparación de fincas, vías férreas, canales y construcciones

nuevas. Pues supongamos que esto representa la mitad del sobrante (tomamos de intento una cifra muy superior, para que no se nos tache de que conformamos nuestros cálculos con las conclusiones que se desprenden de nuestra tesis); pues quedará siempre una suma de 291,087.000,000 de pesetas excedentes, es decir, una suma bastante para proporcionar productos á más de 485 millones de hombres.

Y respecto de esta cantidad, podemos afirmar, con más certeza aún, que lo hemos efectuado en cuanto á los productos agrícolas, que se derrocha completamente por las clases ricas. El rico, en efecto, no puede acaparar en provecho suyo las sustancias alimenticias, sino en proporciones relativamente limitadas, en tanto que respecto de sus productos industriales, su poder de absorción no reconoce limitación alguna.

Lo que el lujo de la mesa arrabata al año á los productos alimenticios del hombre, es nada comparado con lo que el lujo doméstico quita á los productos industriales. Porque el millonario no se contenta con tener todo lo necesario, para satisfacer pródigamente sus necesidades reales, sino que también acapara cuanto quiere ó desea para llenar multitud de necesidades ficticias. No sabiendo en qué gastar sus rentas, él acumula en sus moradas diez veces más de los objetos fabricados que necesita: sacando así de la masa común, de lo que pertenece á la humanidad en conjunto, sumas verdaderamente asombrosas.

Y lo peor de todo esto es que de esta manera ejerce el rico sobre la sociedad una presión odiosa, puesto que contribuye á modificar la dirección misma de la industria, impulsándola hacia la fabricación de objetos sin utilidad de ninguna especie, con perjuicio evidente de los objetos necesarios.

En los talleres que se ocupan de las industrias llamadas de lujo, hay millones de obreros que derrochan sus fuerzas é inteligencias, en trabajos que no tienen otro objeto sino el de satisfacer los caprichos de algunos miles de poderosos. Y no debe olvidarse que al lado del lujo elevado y artístico, hay también el lujo bajo y grosero que tiene por fin, no el crear objetos de arte y productos bellos, sino solamente el de lisonjear la vanidad de una muchedumbre de ricachos pretenciosos y por regla general ignorantes.

Y en tanto que las clases pudientes, ese puñado de halagados por la fortuna, se avalanzan sobre los productos industriales, y los acaparan de la manera más escandalosa, las clases pobres, millones de desgraciados, hambrientos, no disponen ni de un vestido con que cubrirse, ni de un mal jergón donde reclinar su cabeza. — De *Le Revolté*.

ECONOMÍA POLÍTICA Y ECONOMÍA ACRÁTICA

II

ENFRENTÉ de la economía política, algunos hombres generosos y de sentimientos humanitarios, pusieron la economía social, que daba á la producción y al consumo nuevas leyes, con objeto de garantizar el derecho á la vida y emancipar el trabajo de la tutela del capital.

Pero ha ocurrido con los economistas socialistas lo que antes ocurrió con los políticos. Emanados de individualidades pertenecientes á determinadas escuelas, los nuevos sistemas, aunque mucho mejores que los antiguos, han llevado consigo un sello de exclusivismo que no puede ser admitido por los hombres que se precian de libres. Como consejos, como temas de estudio, pueden ser muy útiles esos manuales de economía político-social, llámense comunistas ó colectivistas; pero como sistemas de organización, deben ser enérgicamente combatidos.

La economía acrática no está escrita aún, por el mero hecho de ser indeterminada por esencia; lo cual equivale á decir que no puede tomar la forma de un sistema, pues siendo infinitas sus soluciones y además indefinidamente variables, no caben en libro alguno ni puede abarcarlas el cerebro más privilegiado. Es la anarquía una idea filosófica y científica tan general, que no puede limitarse ni ceñirse á ciertos detalles; siendo ella aplicable á todos los problemas que interesan á la humanidad, no es lógico apelar al dogma para la resolución de ninguno de dichos problemas, y bajo este punto de vista, la economía acrática es la forma en que se presenta la anarquía al tratarse de los asuntos económicos, como el amor libre es la forma en que se presenta cuando de atracción y reproducción se trata.

Lo único que podemos hacer para ayudar á formarnos una idea de lo que podría hacer la anarquía en el terreno económico, es estudiar el organismo de la naturaleza en general y del sér humano en particular. Este presenta una variedad de organismos tan grande como el número de individuos que habitan la tierra. Si, pues, no hubiera de tener lugar la lucha contra los agentes exteriores é interiores, el socialismo no tendría razón de ser. Pero como sea que esta lucha existe y el hombre no puede llevarla á cabo sin la cooperación de sus semejantes, se establecerán dos fuerzas económicas, originada la una por los agentes interiores y la otra por los exteriores: la resultante mecánica de estas dos fuerzas será el criterio económico de cada individuo, criterio que hubiera podido atropellar la democracia, pero que respetará la anarquía.

La libre manifestación de este criterio, y la realización de los actos que de él dependan para cada uno y todos los individuos de la familia humana, hé aquí la economía acrática, ilegislable, indeterminada, variable, ya que variables pueden ser á cada instante los elementos que la componen.

Todas las resultantes, muchas ó pocas, que sigan una misma dirección, se encontrarán para poner en práctica espontánea y anárquicamente aquellos sistemas momentáneos y transitorios de producción y consumo que podrán parecerse más ó menos al colectivismo, al comunismo ó á otro sistema, según sean las dos fuerzas componentes, esto es, el temperamento de los individuos, y la índole de las condiciones en que se verifica la lucha por la existencia.

Creemos haber dado una idea breve de lo que es la economía de los anarquistas enfrente de la economía de los políticos. Las corrientes actua-

les en el seno de las agrupaciones anárquicas parecen indicar que así lo van comprendiendo nuestros compañeros y que pronto desecharán todos los dogmas económicos, como poco antes desecharon todos los dogmas políticos y religiosos.—T.

LA MISERIA

A la burguesía

CONSTANTEMENTE se ofrece á nuestra vista el problema de la miseria. Constantemente también se habla de resolverlo, pero en vano.

En estos días la miseria no permanece oculta. Se pasea por las calles mendigando una limosna.

Vosotros, burgueses de nombre, proletarios instruídos que no tenéis otra esperanza que la miseria de vuestros hijos para el porvenir; os doléis seguramente de este espectáculo, clamáis pronto remedio, llegáis á ratos hasta justificar la amenaza y el robo y, dejando á un lado la rutina, os atrevéis á pensar como piensan los revolucionarios; vosotros, digo, sois los primeros culpables de esta miseria y de esta ruina. ¿Sabéis por qué? Porque pasados estos momentos os olvidáis de que la miseria sigue existiendo y hacéis coro á esos otros burgueses repletos que no os explotan menos que al trabajador mecánico.

Vosotros, grandes capitalistas, reyes del comercio y de la industria, de la propiedad y de la banca; vosotros os escondéis en vuestras casas cómodas y confortables, echáis doble cerrojo á la puerta y sólo tenéis por único remedio vuestro miedo cobarde é inhumano.

Vosotros, políticos de todas clases y colores, enciclopedias legislativas que así entendéis de derecho como de medicina, de moral como de industria, de comercio como de teología, que en todo ponéis mano y en nada acertáis; á vosotros os basta proclamar la impotencia del Estado y recurrir á la caridad,—¡donosa manera de resolver problemas!—incapaces de toda idea regeneradora, humana, noble.

Pues bien; grandes burgueses y legisladores ilustres, la miseria es vuestra condenación, es vuestra vergüenza, es vuestra ignominia y esta condenación, y esta vergüenza, y esta ignominia, barrerán vuestra raza como plaga asoladora que todo lo destruye y aniquila.

Meditad unos y otros, y medita también vosotros, los burgueses en apariencia, proletarios de hecho.

La sociedad existe para algo, y este algo no consiste seguramente en dejar morir de hambre á sus individuos; existe para garantizar su existencia, el libre desenvolvimiento de sus facultades, el perfecto ejercicio de sus deberes, como productores, y sus derechos, como consumidores; existe no para gastar sus fuerzas en vanas disquisiciones políticas y filosóficas, sino para asegurar á todo el mundo contra las adversidades que el individuo aisladamente no puede vencer. ¿No es así?

Sin duda alguna. Lo contrario supondría una ventaja para la vida salvaje, aislada, sin compromisos, sin derechos, sin deberes, sin nada de aquello que hace de nosotros seres sociales y superiores á toda la escala animal.

Por esto, pues, la sociedad es cuando menos una asociación universal de seguros, cosa bien elemental en verdad.

Pero ¿qué haríais vosotros con una sociedad de seguros que viera arder impasible vuestros hogares, talados vuestros campos, amenazadas vuestras vidas, hambrientos á vuestros hijos y á vosotros mismos?

De seguro haríais pasar á la historia una revolución sangrienta.

Veamos qué hace la sociedad en que vivimos. En general se contenta con entretenerse en reglamentar vuestros derechos, cuando no en cercenarlos y desconocerlos; se limita á recomendaros ciertas compañías privadas que hacen grandes capitales á expensas de vuestras primas de seguro, cuando no se da por satisfecha con unas cuantas mal dispuestas y peor manejadas bombas y mangas de riego; se enorgullece en asegurar vuestras vidas exhibiendo á cada paso el cadalso, la ignominia de nuestros tiempos, y el presidio, moderna escuela del crimen; y finalmente, se encoge de hombres ó abre suscripciones públicas, apelando á la caridad, cuando los hambrientos se pasean á millares por las ciudades y por los campos. ¡Irrisoria sociedad la nuestra que tan sabiamente nos gobierna!

La miseria, problema insoluble, os dicen unos; la miseria, mal necesario é inevitable, algunos otros; la miseria, castigo del cielo, exclaman éstos; la miseria, consecuencia obligada de la civilización, afirman aquéllos; la miseria, fatalidad de la naturaleza humana, gritan por todas partes.

Mas no; que la miseria no es nada de eso, absolutamente nada. La miseria es el resultado lógico de una sociedad fundada en el privilegio de la propiedad y en la mentira política, es la consecuencia obligada de una injusta relación entre la riqueza producida y la riqueza distribuída.

El socialismo, diréis asustados. ¡Y qué!

¿Queréis que no haya socialismo, que no haya revoluciones? Pues haced que la injusticia y el privilegio concluyan; acabad con la miseria. ¡Atrevéos!

¿Creéis que si la riqueza acaparada por el gran capitalista y el gran propietario fuera un día declarada universal, subsistiría la miseria?

Vais á decir que sí; pero callad, no lo digáis, porque mentiréis. Vosotros mismos no lo creéis.

Prueba, vuestros gobernantes. ¿Por qué acuden á la caridad? ¿Por qué, en ocasiones, á que alojéis, proporcionalmente á vuestras riquezas, un cierto número de hambrientos? Porque creen firmemente que hay algo y no poco para dar, mucho que repartir.

¿No basta eso á convencerlos? Pues probad á abrir vuestros almacenes, los depósitos de industria y comercio, y los numerosos establecimientos donde se trafica con el dinero, y ya me diréis si las inmensas subsistencias, los grandes elementos amontonados en la inacción no bastan á resolver el problema de la miseria mientras permanezcan abiertos.

Pero no temáis; no se trata del famoso reparto social; nada de esto. Se trata simplemente de convencerlos que la miseria no existiría sin el acaparamiento de la riqueza. ¿Estáis convencidos?

Pues ahora, ó dadnos una solución que elimine la miseria, ó aceptad el socialismo. Jamás podréis salir de este dilema.

En tanto, los hambrientos tendrán derecho para todo, absolutamente para todo. ¿No veis qué siempre podrán deciros que hay un medio de que nadie tenga hambre?

Vuestra obstinación no cesará por esto, y á esa obstinación respondemos con nuestra calma. Vais á verlo.

Admitamos que el socialismo es un gran error, una atrocidad, todo lo que queráis.

Pues bien; todavía queda un medio de anular la miseria.

La sociedad gasta actualmente un montón de millones en sostener millares de soldados, millares de curas y millares de vagos. Para esto cobra del individuo cuantiosos tributos. Los soldados, los curas y los vagos no sirven para nada útil. La institución militar sintetiza una gran iniquidad, la guerra. Los segundos satisfacen, aparte toda idea, sólo á la conciencia individual; la sociedad no los necesita; que los pague, pues, quien los quiera. Los terceros son la mayor calamidad de nuestros días, pues que viven exclusivamente á expensas de los que trabajan.

Suprimid todo eso y mucho más que hay suprimible; suprimid al propio tiempo los tributos, y tendréis el problema resuelto, presentando la siguiente proposición:

«Ciudadano: se trata de organizar una compañía universal de seguros en que todos se aseguren á todos y cada uno se asegure á sí mismo en toda clase de riesgos, desdichas y contrariedades. Mediante una pequeña cuota no temerás ya por la suerte de tus hijos, no verás con horror que el fuego abrasa tu hogar, desbasta tus campos; no te inquietarán gran cosa las inclemencias del tiempo por los daños que personalmente puedan ocasionarte ni temerás que tus hijos vengan á pedirte pan, porque siempre podrás dárselo: en todos estos casos y muchos más, esta compañía universal de solidaridad consagrará tu derecho, ya que la caridad te humillaba desconociéndolo.»

Decid esto y no faltará una sola cuota. Desde aquel día todo el mundo por derecho propio tendrá garantida la existencia en todas sus lógicas manifestaciones.

¿Lo creéis imposible? No seguramente. Los propietarios de casas lo han hecho en muchas partes entre sí, y lo que unos hacen lo pueden hacer todos. No os cito asociaciones obreras, sino burguesas, es decir, de las vuestras.

¿Creeréis que no bastaría la cuota por grande que fuera? No puede ser. Las grandes crisis no son diarias y diariamente sostenéis á esa inmensa cáfila de parásitos que os he dicho. En cuanto á los individuos aislados que debieran recabar de la sociedad *reintegración*, no constituyen argumento de fuerza.

¿Teméis que falte la unanimidad necesaria? No, seguramente no. Desde Rostchild hasta el último mendigo, nadie sabe cómo acabará y á todo el mundo le conviene y le gusta asegurarse contra lo desconocido.

Pero id con cuidado, porque si la hacéis es inevitable vuestra transformación en socialistas de tomo y lomo; entraréis así por el camino de la gran revolución y acabaréis por convenceros de que lo mejor es dar al traste con esta balumba de privilegios, injusticias y aberraciones políticas que nos deshonran como hombres; no querréis prestaros por más tiempo á ese juego de cubiletes que en vuestro fuero interno hoy mismo os hace reír seguramente.

Sois burgueses, y antes morir que rendiros á la evidencia. Estáis convencidos y seguiréis afirmando que el mal es irremediable. Vuestras repletas cajas, vuestros estómagos ahitos, os impiden reconocer la justicia del hambriento y continuaréis gritando: ¡utopia! ¡utopia!

Razones ¿para qué pedir las? Vuestra última palabra es un dogma, es un prejuicio favorable á vuestros intereses, y esto basta.

Pues bien; estamos avisados. Haced que cuando haya hambre salga la caridad á lucir sus galas, que como la caridad no remedia el mal, no resuelve el problema, el miserable apelará á otros medios y no podréis quejaros. Ciertó que en este caso apelaréis á vuestros soldados, y al mismo que el día anterior le dábais dos céntimos le enviaréis ahora una onza de plomo, pero esto mismo traerá vuestro fin, porque un día, una hora, un minuto bastará para que esa masa enorme de *los que no tienen nada que perder* recobre en un momento la noción de su dignidad y pase como una ola de fuego sobre vosotros, no dejando tras sí rastro de lo que existe. ¿No lo teméis? Sí, sí, lo teméis, y mucho; pero no dejaréis de abusar mientras veáis á esas masas resignarse á la limosna y á la esclavitud. ¡Cuidad, sin embargo, de estar alerta!

La miseria no es un problema insoluble, es un problema que no queréis resolver. El socialismo está, por tanto, en su derecho al proclamar una revolución que haga querer á todos lo que por egoismo rechazáis. ¡Donosa libertad, argüiréis! ¿Pero desde cuando el ladrón, el criminal tiene derecho á la libertad?

Cometéis un crimen de lesa humanidad siendo la causa de que la humanidad sufra hambre y vergüenza de sí misma ¡y reclamáis libertad para vuestro crimen!

Id, id á vuestros doctores y que modifiquen el derecho, porque los hambrientos ya van viendo claro.

O con la Justicia ó contra la Justicia: elegid.

Y ahora vosotros, medio burgueses, decid con franqueza ¿quién tiene la culpa de que la injusticia prospere? Pues vosotros con vuestra vanidad por imitar al gran burgués; vosotros, que á trueque de reunir un puñado de monedas, no sólo consentís que os exploten, sino que también defendéis esa explotación; vosotros, que os dais el buen tono de aparecer conservadores, cuando sois hijos de una revolución que os ha alcanzado en mínima parte; vosotros, que necesitáis, como el obrero, una nueva revolución más fecunda, más universal que emancipe á la humanidad de la tutela del privilegio.

¡Utopia! gritaréis también por no ser menos que los otros.

No importa; cuando vuestros hijos hambrientos os pidan pan y no tengáis para dárselo, os podremos decir también: ¡Utopía! ¡Utopía!, sois unos gañanes embusteros, pues el gran burgués está repleto y conforme con la existencia y vosotros le ayudáis. ¡Andad, id á pedirles una limosna!

Y entonces, preferiréis coger un fusil á recibir dos céntimos que os denigran y os humillan.—R. M.

LOS POBRES DE DIOS

UN código de moral revelado al hombre por la sabiduría infinita ha de ser necesariamente irrefutable por la lógica humana.

Si la razón lo refuta, sucederá una de dos cosas: ó la revelación es falsa ó sus enseñanzas son inaplicables.

¿Es irrefutable la moral contenida en el Evangelio?

Si se examina esta proposición desde el punto de vista de la sociología, prescindiendo de otros muchos puntos de vista, hallaremos una negativa terminante y categórica.

Contra los tristes efectos de las injusticias sociales recomienda el Evangelio la caridad, no como virtud transitoria, sino como una práctica permanente: Jesús profetiza que siempre habrá pobres entre nosotros. Por consecuencia, el bueno ha de ser caritativo hoy, mañana y hasta el fin del mundo; y tanto es así, que, preguntado el maestro qué es necesario para alcanzar el premio señalado á los justos, responde:—despojarse de todos los bienes terrenos y repartirlos entre los pobres.

¿Qué es el pobre? Doy la respuesta contenida en el primer diccionario que tengo á mano: un hombre necesitado, menesteroso, desprovisto de lo necesario. La definición es exacta: desprovisto de lo necesario. Fijáos en la significación de tan terrible frase. El que carece de lo necesario no puede vivir, porque lo necesario no es lo superfluo, ni lo accidental, ni lo condicional; es lo imprescindible, la circunstancia esencial de la vida, fuera de lo cual sólo se halla la muerte.

¡Siempre habrá pobres entre nosotros! Es decir, siempre habrá en el mundo quien carezca de lo necesario. Siempre habrá quien carezca de alimento para restaurar sus perdidas fuerzas, de casa y vestidos para defenderse del rigor de las estaciones, de instrucción y ciencia para desarrollar sus facultades intelectuales.

¡Fatídica profecía!

¡Siempre habrá pobres entre nosotros! Es decir, siempre habrá quienes vivirán fuera del derecho natural, consistente en la legítima posesión de la parte que le corresponde del patrimonio universal, y por consiguiente siempre habrá espoliadores, tiranos y explotadores.

¡Y esto lo dice un dios que todo lo sabe y todo lo puede, y que con todo su poder y toda su sabiduría ha creado el mal en el mundo, le deja subsistente, y para remediar su torpe conducta recomienda la caridad!

Si eso es Dios, razón tuvo Proudhon para decir: ¡Dios es el mal!

Pero la profecía divina no se cumplirá; tiene en su contra dos fuerzas

poderosas, más poderosas que esa divinidad que, pudiendo evitarlo, crea los males para dar lugar á que se ocupen en algo los caritativos; esas dos fuerzas son: el Progreso y la Ciencia; y si esto no basta, aún puede añadirse: la Bondad humana.

El Progreso conduce á la humanidad por la perfección relativa á la perfección absoluta; la Ciencia lleva sus luces al conocimiento, y por consecuencia al aniquilamiento de todas las causas del mal, y la Bondad humana que ha salvado los límites de las bárbaras sociedades primitivas, que no pereció en el régimen de las castas, ni en el trastorno de las conquistas y de las irrupciones de la Antigüedad, ni en la dominación teocrática de la Edad Media, seguirá su marcha incesante, y con la Sociología hallará teóricamente la sociedad justa, y con la Revolución destruirá todos los privilegios, y contra la previsión y la voluntad de Dios establecerá la libertad, la igualdad y la fraternidad, y acabarán los pobres entre nosotros.—L.

LA CUESTIÓN SOCIAL

CONSIDERADA POLÍTICA Y FILOSÓFICAMENTE

por Víctor Drury

X

Si los capítulos anteriores han servido para determinar los elementos que entran en la formación de la riqueza, no han ocasionado daño alguno. Si se han inspirado en el deseo de llegar á un conocimiento más completo de la naturaleza é importancia de esos elementos, habrán, por el contrario, reportado verdaderos beneficios. Si han inclinado á algunos de nuestros compañeros á indicar las causas fundamentales de las condiciones de empobrecimiento é infortunio de los trabajadores, y á establecer un fundamento seguro para evitar la pobreza y la miseria en lo futuro, entonces nuestro objeto, al ofrecer aquel estudio, se habrá cumplido plenamente.

Si tenemos en cuenta todo lo que se ha intentado en el pasado, nos veremos obligados á admitir, con completa justicia para los trabajadores, que estos han hecho muy nobles y costosos esfuerzos para mejorar su propia condición y la de todos sus compañeros. No se puede, pues, negar que es una necesidad, ó de deseo propio para aliviarse, ó de simpatía por sus compañeros lo que les ha adelantado á elevar y engrandecer á sus hermanos.

No es el corazón lo que les ha faltado, sino la cabeza; no el deseo de obrar, sino el conocimiento para obrar; no es ignorancia del fin, sino de los medios, lo que les ha impedido obrar. En efecto; la historia entera de los trabajadores prueba que sus fines, sus propósitos han sido dignos, nobles y santos; pero sus *métodos*, es decir, sus medios, insuficientes ó incorrectos. La aspiración, á través de las simpatías, siempre ha estado *presente*; el conocimiento por medio de la inteligencia ha estado *ausente*. No han faltado por causa de sus corazones sino por sus cerebros. No han carecido de la facultad de *sentir*, sí de poder *pensar*. Sus aspiraciones, sus sentimientos, sus simpatías han sido generosas, sublimes; sus conocimientos, sus razones, sus pensamientos han sido insignificantes é impotentes.

Viendo, pues, que los trabajadores no han conseguido sustraerse al sufrimiento y á la pobreza en el pasado, ¿qué les queda que hacer? conocer

correctamente ciertas cosas; pensar correctamente acerca de ciertas cosas; razonar correctamente sobre ciertas cosas; esto es, analizar, sintetizar lo que conocemos, lo que pensamos y lo que sentimos, y practicar lo que sentimos por medio de la razón de nuestros conocimientos; en otras palabras, establecer nuestras premisas correctamente y deducir del mismo modo nuestras conclusiones.

Ahora bien; todo lo hecho en los anteriores capítulos hasta aquí, ha sido establecer premisas; ninguna conclusión hemos deducido. Es inútil seguir adelante sin examinar estas premisas; si son deficientes, corregirlas; si falsas, rechazarlas. Os corresponde, por tanto, examinarlas y corregirlas ó desaprobarlas, ó rechazarlas ó admitirlas. Tal es el trabajo—puede decirse el deber,—de nuestros compañeros, para quienes he escrito esta memoria; como individuo, he cumplido yo mi deber al presentarla.

Permitidme, pues, que haga una ó dos preguntas breves y que brevemente también las conteste. Nosotros hemos aceptado ya como bases axiomáticas:

- 1.º Que el trabajo crea todo la riqueza;
- 2.º Que la riqueza pertenece á los que la crean, y
- 3.º Que el poderproductivo de la sociedad es superior á su capacidad consumidora.

Concretémonos á lo posible y no tengamos cuidado de caer en el sofisma. Los economistas afirman que la capacidad consumidora está limitada solamente por la productora del hombre, y para demostrarlo, dicen que la imaginación puede crear necesidades que crecen siempre según una relación mayor que su capacidad para suplirlas. No podemos admitir que cada deseo sugerido por la imaginación se convierta en una necesidad. Si la imaginación sugiere á un hombre el deseo ó necesidad de poseer la luna, todo el trabajo del mundo no bastaría á suplir semejante necesidad. Para suplir las demandas que pudieran surgir de la imaginación de uno ó dos pacientes en un asilo de locos ó maniáticos, todo el trabajo de una nación no sería suficiente.

Si son ciertos el primero y segundo de los tres axiomas antes dichos, que lo son sin duda alguna, el trabajador no debiera ser pobre, puesto que es él quien crea toda la riqueza, y sin embargo no puede negarse que lo es.

¿Por qué, pues, es pobre?

Sencillamente porque desconoce las leyes que regulan los fenómenos industriales, económicos y sociales; y porque ignora también los medios astutos, mañosos, arteros y falsos—aunque perfectamente legales,—que se emplean para sustraerle una porción tan grande del producto de su trabajo.

Si la tercera proposición es cierta, la pobreza no debiera existir sobre la tierra, y sin embargo no puede negarse que existe. ¿Por qué?

Porque hay dos *clases* en el mundo: la de los *productores* y la de los *no productores*.

Porque una parte de lo que producen los trabajadores se destina al sostenimiento de los holgazanes.

Porque los trabajadores no tienen el conocimiento necesario para evitar que los holgazanes usurpen una parte, la mayor seguramente, de la que producen por medio de su trabajo.

Tales son las razones. Es, pues, nuestra tarea, así como nuestro interés común y nuestro deber, investigar por medio de qué agentes los obreros se ven privados del fruto de su trabajo.

No nos olvidemos de llevar siempre en la mente que los cinco elementos de

la producción son la tierra, el trabajo, el capital, el cambio y la seguridad. Ahora bien; los terratenientes cobran una renta de los productos de la industria; los banqueros cobran un interés ó tanto por ciento; los capitalistas, los empresarios, los comerciantes ó mercaderes cobran también sus ganancias. Por tanto la renta, el interés y la ganancia constituyen la parte leonina de los productos de la industria que deja á los trabajadores bastante alimento en las épocas de buenos negocios y cuando se conservan en buena salud; solamente la necesidad y el hambre cuando los tiempos son malos; la caridad, el hospicio y el hospital cuando cae enfermo, llega á la vejez y á la decrepitud.

¿Cómo este hecho de la renta; el interés y la ganancia puede acomodarse con nuestros cinco elementos fundamentales?

La renta se destina al terrateniente; el interés, á los capitalistas; la ganancia, á los comerciantes; los salarios, á los trabajadores; y además podemos demostrar que la seguridad se reparte entre los tres primeros.

Por tanto, podemos deducir lógicamente que las cuatro quintas partes del producto total van á parar á manos de los propietarios de la tierra y del capital, de los que realizan el cambio y dan trabajo, mientras que la quinta parte restante va á parar á poder de los trabajadores en forma de jornales.

Ahora se verá que como la tierra y el capital están en poder de los que dan trabajo, verifican la función del cambio y reeditúan la tierra, las cuatro quintas partes de la riqueza del mundo va á parar á una clase de hombres que son principalmente no productores ú holgazanes, en tanto que la otra quinta parte se destina á otra clase de hombres que son productores ó trabajadores.

Sé que el terrateniente, el capitalista, el comerciante y el empresario no se hallan frecuentemente reunidos en una sola persona. Hacer un análisis completo de este asunto, aunque es propio de un tratado de economía, estaría fuera de lugar en un serie de breves consideraciones como las que constituyen este trabajo. Lo paso, pues, por alto, concretándome á indicarlo y lo trataré más adelante extensamente.

Pero si el trabajador se ve obligado á ceder los cuatro quintos de su producción á un hombre, ó si tres ó cuatro hombres se lo reparten entre sí, el resultado para el primero es precisamente el mismo, á saber: verse privado de las cuatro quintas partes del producto de su trabajo.

Ahora obsérvese que mientras la ganancia ó beneficio que percibe el comerciante puede ser asegurado al trabajador por medio de la organización—que es el objeto de las sociedades de consumo,—afecta aún al problema en una quinta parte de su totalidad, pues aquél consiste en dar al obrero todo lo que el trabajo crea ó produce.

Más adelante haremos notar que en tanto los elementos tierra y capital tienen su pujante poder, la renta y el interés, representados por los propietarios y los capitalistas, arrebatarán la quinta parte de la producción, correspondiente al cambio, á los trabajadores, con la misma facilidad que el cambio, representado por los comerciantes, arrebatara dicha parte á los obreros, con la única diferencia de que se tomará muy poco tiempo para cometer tal hazaña; de otro modo, las ganancias que recoge el comerciante van á parar al fin y al cabo á los bolsillos de los capitalistas y propietarios.

Así se ve, pues, que la solución dada á la quinta parte del problema no es más que de un resultado momentáneo; de hecho no reseuelve nada.

Por esto es que nos movemos en un círculo vicioso y volvemos siempre al mismo punto sin estar nunca en una dirección recta del centro á la circunfe-

rencia. Del mismo modo el cansado viajero en la llanura, deseoso de llegar pronto al término de su jornada, anda toda la noche en la oscuridad y cuando el día amanece se encuentra los pies lastimados, abrumado, desapacible y exhausto en el mismo punto de partida después de haber perdido el tiempo y gastado sus fuerzas recorriendo á ciegas un círculo, creyendo que caminaba en línea recta. Así ocurre con las energías poderosas desplegadas por los trabajadores en otros tiempos. Ellos se han visto llevados alrededor de un mismo punto de aquel círculo vicioso, aunque á cada batalla hayan intentado ensanchar la circunferencia que les envolvía.

Supongamos que se da al trabajador la parte que hoy se apropia el cambio (el comercio) ¿no estarán el capitalista y el propietario prontos á recuperarla? Aunque eliminemos al comerciante ¿qué significaría esto económicamente considerado? Simplemente que disminuiríamos el precio de los salarios, lo cual significa que se reduciría el coste de la vida.

Se me puede argüir que al mismo tiempo aumentaría el poder consumidor, al aumentar la cultura y la inteligencia de los trabajadores; pero no puede desarrollarse la inteligencia tan rápidamente como pueden *decrecer* los salarios; el capitalista sería el privilegiado de la raza, pues obtendría el beneficio en la partida. El trabajo es siempre el vencido en la pelea.

¿Qué es lo que regula la relación de los salarios en el presente sistema industrial?

El coste de la vida.

Luego si se reduce el coste de la vida en el sistema actual, se reduce también la relación de los salarios, y el poder de la tierra y el capital es tal, que su potencia, su crueldad fuerza determina rápidamente este efecto económico y siempre ejercerá su poder y su crueldad contra nosotros, mientras concretemos nuestros esfuerzos al elemento cambio.

Lo mismo ocurre con el capital (empleo esta palabra en su más lato significado), si limitamos nuestros esfuerzos á conquistar el capital y llegamos á convertirnos todos en capitalistas, el elemento tierra, representado por los terratenientes, estará siempre en su puesto para vencernos y absorbernos para siempre. Nada como el capital puede usarse ó hacerse fructífero sin el concurso de la tierra, y si todos los que hoy poseen el capital lo invirtieran en la tierra y abandonaran ó cedieran así su capital; si nosotros los trabajadores poseyéramos mañana este capital, los terratenientes aumentarían la renta de sus tierras, de modo que reobtuvieran, arrebataran de nuevo el total de su capital en dos, cuatro, diez ó veinte años, pues el tiempo que se tomasen para hacerlo así no alteraría el hecho ó sus influencias ni en un ápice.

Una vez conseguido aquel propósito volvería el trabajador precisamente á su condición actual, con la única diferencia de que en lugar de verse privado de los productos por cuatro personas distintas bajo el nombre de capitalista, terrateniente, comerciante y empresario; en forma de renta, interés y ganancia, se vería desposeído de esas mismas cuatro quintas partes del producto total de su trabajo por una sola persona llamada terrateniente que administraría el elemento tierra.

Así volvemos al punto de partida, la *tierra*. Si la atención de los trabajadores ha de fijarse en una dirección determinada, ésta debe ser la tierra, que será el banco donde deposite sus ahorros. Este banco nunca ha sido desfalcador, jamás ha quebrado. En él es donde se da el mayor interés posible si el obrero coloca allí su dinero ó su trabajo.

Creemos haber dicho bastante para hacer ver claramente que el total de las actividades humanas halla su expresión en los cinco elementos siguientes:

1.º Tierra; 2.º Trabajo; 3.º Capital; 4.º Cambio; 5.º Seguridad.

Y además que tal es el orden lógico é indiscutible de su existencia.

No pretendemos haber hecho un análisis completo de esos cinco elementos, medio á través del cual las sociedades expresan su actividad. Sabemos que están sujetos á una sub-división ulterior que detallaremos cuando examinemos cada uno de esos cinco elementos en otro ensayo más completo. No pretendemos tampoco demostrar que el uno sea superior ó de más importancia que los otros, pero sí afirmamos que el tercero ni el cuarto ni el quinto pueden ser conquistados por completo sin conquistar antes el primero. En otras palabras, nada bueno haremos recuperando el capital, el cambio y la seguridad, sino podemos recuperar también la tierra, pues aunque nuestra situación pudiera mejorarse momentáneamente, jamás la mejoraríamos de un modo permanente.

Recordemos que hay que regenerar el mundo del trabajo; que como el presente es mejor que el pasado, así el porvenir debe ser mejor que el presente; que solamente lo conseguiremos por medio de la acción inteligente, procediendo á la *organización* basada en la *educación* y que la *edad de oro* no pertenece al pasado sino al porvenir.

XI

En nuestros capítulos anteriores habremos aparecido en forma crítica, agresiva y negativa. Mas sólo en apariencia: en adelante presentaremos nuestras opiniones en forma más positiva, más afirmativa.

No solamente es necesario derribar una vieja cabaña cuando se quiere construir un palacio en su lugar; debemos poseer de antemano la concepción, el diseño y el plano del palacio antes de derribar la cabaña, por vieja y ruinosa que esté.

Lo mismo ocurre con las instituciones sociales. No es suficiente destruir lo viejo, lo gastado, lo corrompido: este es un trabajo de destrucción fácil de conseguir. Es necesario saber además, qué es lo que va á sustituirse por las instituciones destruídas: este es un trabajo de construcción y, por tanto, mucho menos fácil de obtener.

De hecho puede decirse que en el mundo nunca se han visto más que dos modos de civilización: constructivo uno, destructivo otro. El militar ó de la guerra; el industrial ó de la paz. Los medios militares, guerreros y comerciales empleados en el pasado, representan aquellos períodos y formas de la civilización más destructivos. Los pacíficos, de asociación é industriales, á que aspira la sociedad actual y que obtendremos, sin duda alguna, en un porvenir no lejano, representarán la forma y el período constructivo de la civilización.

Puede decirse que el Progreso es el resultado final de la lucha por la supremacía entre esas dos formas de la civilización y que cada uno de los movimientos de avance es aquella parte de esa lucha en la que resulta victoriosa la paz y la organización y vencida la guerra y la destrucción, por medio de una parte del sistema social que llega prácticamente á confundirse con los hábitos y costumbres del pueblo.

Así como es mucho más fácil presentar en forma crítica los errores del pasado que ofrecer concretamente un porvenir posible fuera del error ó indicar los medios para eliminar gradualmente dicho error, no seremos nosotros

más afortunados probablemente en este trabajo de construcción que aquellos que nos han precedido ; y aun teniendo ante nosotros las lecciones que la experiencia del pasado nos ofrece , llegaremos á simples principios prácticos en lo inmediato que nos conducirán á hechos complejos en lo remoto si nosotros sabemos evitar una caída en las teorías seductoras que puedan presentarse.

Ha sido propósito nuestro demostrar que la sociedad existe en virtud de la industria y reducir esta última á sus elementos más simples , á fin de hacernos entender perfectamente. Hemos dicho que la industria , esto es, la actividad humana , se manifiesta á través de cinco elementos: la tierra, el trabajo, el capital, el cambio y la seguridad.

Daremos ahora una idea concisa del significado completo que asignamos á esas palabras y de lo que deseamos expresar cuando las usamos. En tanto no se definan más concisamente usaremos las fórmulas siguientes:

La *tierra* es el elemento que suministra todos los objetos materiales, á los cuales el hombre aplica sus fuerzas para crear el capital (ó utilidades) y comprende todo lo que hay bajo la superficie de la tierra desde su centro de gravedad; todo lo que está sobre la misma hasta la circunferencia externa de la atmósfera terrestre.

El *trabajo* es el ejercicio de las fuerzas físicas, morales é intelectuales de la humanidad, una ó múltiples, á fin de surtir á las necesidades ó aumentar la felicidad de la misma.

El *capital* es el producto no consumido y acumulado de la acción común de los dos elementos, tierra y trabajo, el cual ayuda al presente á producir capital ulterior para el consumo futuro.

El *cambio* es el ejercicio del trabajo ó de las fuerzas físicas, morales ó intelectuales de la humanidad, aplicado al transporte ó distribución del capital de aquellos lugares donde no es necesario á aquellos otros donde se carece de él.

La *seguridad* es el ejercicio de la facultad de prever la necesidad de una provisión inmediata. Sabemos por experiencia que ocurrirán siempre ciertas calamidades, y ejerciendo la previsión aliviaremos sus horrores proveyendo á su remedio.

Cualesquiera otras definiciones más completas ó más concisas que puedan presentarse las aceptaremos desde luego y con verdadero placer. Nosotros deseamos evitar todas las ligerezas de la economía política y conservar todo lo que contiene de bueno; no podemos, pues, admitir que la economía política sea una ciencia tal como es al presente. Cuando se establezca sobre más razonables bases podrá decirse que la economía política es el arte que enseña el empleo de la tierra, el trabajo, el capital, el cambio y la seguridad de la manera más ventajosa posible y que en cierto modo asegura la felicidad de todos los que trabajan y eliminan de la sociedad el robo y la explotación.

Cuando logremos una mejor definición de la economía política, aceptada por los profesores, entonces progresará el mundo.

En el capítulo X hemos demostrado cuán fútiles eran los resultados del intento de emancipar los trabajadores por medio de la administración y dirección de la tierra.

Ahora decimos que el trabajo debe ser dirigido en interés de la industria, asegurando á todos los obreros los *instrumentos* y *medios* de producción.

El *cambio* debe ser administrado en interés de los trabajadores para evitar que las *ganancias* vayan á parar á manos de los no-productores.

El *capital* y el *crédito* es preciso que sea también dirigido, administrado en

beneficio de los trabajadores, á fin de que el *interés* no sea privilegio exclusivo de los corredores, capitalistas y holgazanes.

Es necesario, finalmente, que se administre la *tierra* en provecho de los mismos trabajadores para impedir que la *renta* la perciban los holgazanes, los ladrones y los grandes propietarios.

Esto nos retrotrae de nuevo á la tierra y al punto donde precisamos tratar este elemento como el de importancia más primordial, aunque no mayor que la de los elementos restantes.

La tierra es el primer elemento que hemos de conquistar.

¿Cómo, pues, reconquistar este elemento que se nos ha arrebatado injustamente.

Los propietarios actuales la han obtenido por uno de estos tres medios: por el cultivo, por la compra ó por la conquista. La compra y el cultivo son medios pacíficos; la conquista es un modo particular de la guerra.

Yo no conozco otro medio ninguno de obtener el dominio de la tierra que no sea el de constituirse en poseedor ó propietario.

Si queremos reconquistar la tierra no hay, por tanto, alternativa. Es preciso hacerlo por la *paz* ó por la *guerra*. Nosotros debemos ó comprarla ó conquistarla luchando.

No es necesario á nuestros propósitos demostrar aquí que la conquista territorial por medio de la violencia es indeclinablemente histórica: basta consignarlo de hecho.

Si he de seguir los dictados de mis propias inclinaciones debo decir á los trabajadores todos del mundo: ¡Tomadla por la guerra! ¡No la compréis por la paz! Por malos medios se os ha arrebatado; emplead vosotros los mismos para reconquistarla, porque, como dice el poeta:

Ya estoy cansado de esperar la ayuda del cielo
Porque el triunfo es aún de los malos.

La injusticia y el sufrimiento han sido vuestro patrimonio en todo este tiempo que se os ha privado de vuestra herencia; castigad con la injusticia y el sufrimiento á los que os han privado de esa herencia.

Pero como una detenida investigación de la historia nos demuestra que la victoria no siempre está del lado de la justicia, que el empleo de la guerra es incierto y falso aunque pueda ser ocasionalmente rápido y decisivo; que los medios pacíficos son siempre efectivos, aunque frecuentemente de resultados efímeros, creo que mi deber es condenar todo intento de guerra y recomendar los medios pacíficos.

Los riesgos de la guerra no pueden calcularse, pero los resultados de los medios pacíficos sí son calculables con una cierta exactitud, admitiendo siempre que el triunfo es un factor que no pretendemos incluir en nuestros cálculos.

Debemos, por tanto, emplear los medios conducentes sin preocuparnos del tiempo que pueda transcurrir para la consecución de nuestros trabajos y la realización de nuestras aspiraciones (1).

(1) Es completamente inocente y cándido todo lo que sigue. El autor, tan firme en la crítica del actual sistema, flaquea en cuanto á la afirmación se refiere, y cae, indudablemente de buena fe, en un error tremendo que le hace aparecer tan reaccionario como los mismos economistas y la sociedad tan fustigada en sus anteriores capítulos.

No es que dejen de ser factibles sus propósitos, mas no resuelven la cuestión social. Drury no acierta á salir de aquel círculo vicioso que con tanto acierto señalaba á los trabajadores del pasado.

(N. del T.)

Si establecemos medios convenientes nos faltará probar que el desarrollo intelectual de nuestros compañeros y que el creciente conocimiento de la cuestión social, del que se penetrarán pronto los hijos del trabajo, acelerará la aplicación general de tales métodos.

Consideraremos, por tanto, como proposición aceptada, que necesitamos conquistar primeramente la tierra é indicar un medio de conseguirlo.

Nosotros, en las ciudades, tratamos á la tierra, con propósitos manufactureros y distributivos, como un instrumento de producción y cambio generales, y no como un medio de producción agrícola.

Las secciones de oficio se organizan para las ciudades, los trabajadores agrícolas deben organizarse para el campo. Este último trabajo lo han empezado los protectores de la agricultura ó los creadores de granjas agrícolas. Cada sección de oficio puede empezar su tarea por constituirse en poseedora de sus propios salones para *meetings*. Con este fin deberían comprar algunos lotes en diferentes sitios de segundo orden, pero no muy lejos del centro de la ciudad. Como sería difícil para cada sección hacer esto desde el momento que todas ellas no tienen suficientes fondos, algunas ó todas las uniones de oficio podrían combinarse para hacerlo en cada localidad. Para esto sería necesario que las uniones consiguiesen del Estado algunos privilegios y fueran reconocidas y legalizadas como un elemento constituyente de la República.

Una vez adquiridos los salones de *meetings*, el siguiente paso consistiría en asegurarse unos cuantos acres de tierra en los arrabales de las poblaciones para construir asilos donde los ancianos imposibilitados para el trabajo pudiesen vivir. Esto facilitaría trabajo á varios oficios en cortas sesiones. Para conseguir esto debería apartarse una pequeña cuota de los fondos de cada unión. Andando el tiempo, se adquirirían mayores parcelas de tierra que, bien labradas, producirían vegetales para el consumo de los trabajadores.

El principio de cooperación llega á practicarse así extensamente; podría establecerse un almacén en cada salón de sesiones y una parte de las ganancias debería consagrarse á este mismo fin.

Reclame cada unión el auxilio de sus miembros para que la ayuden con su capacidad individual, con sus mejores disposiciones, con alguna suma (tal como un préstamo sin interés y reembolsable) desde diez centavos hasta diez duros. Que las uniones organicen y den tés, reuniones sociales, lecturas, conciertos, etc., á poco coste, y que sus productos se consagren exclusivamente al *fondo de la tierra* (1) y no á otro propósito. Que organicen loterías (2) y den premios de aquellas obras y artículos que los asociados y amigos quieran dar, que serán sin duda alguna producto de su trabajo. El sombrerero daría un sombrero, el sastre un traje, el zapatero un par de botas, el carpintero una caja, una mesa ó cualquier otro objeto. Esta organización quedaría fuera de todo espíritu de garito y de truhanería. Entiéndase así mismo que siempre y por completo todas esas sumas producidas por esos y otros medios habrían de consagrarse al *fondo de la tierra*, y que bajo ningún concepto podrían ser dedicadas á otro objeto.

Ahora bien; yo creo que si esta asociación tiene solamente una docena de miembros que se hallen igualmente imbuídos de la importancia del asunto que implican los cinco elementos por nosotros considerados, y se dan la molestia

(1) Es decir, á formar un fondo en metálico para adquirir parcelas de tierra.

(2) Esto es una aberración por lo inmoral.

(Notas del T.)

de conocerse íntimamente, como yo á mí mismo, y que si esta docena de hombres forman entre sí un centro de lectura concretándose á este asunto y se dedican al examen de esos cinco elementos y entonces exponen la necesidad primera de convertirse en poseedores de la tierra, y visitan los talleres, y se buscan para asistir al trabajo, yo creo, digo, que esta docena de hombres serán capaces de conseguir su objeto, ayudados por los individuos y por las secciones de oficio, si unos y otros están perfectamente preparados para comprender por completo tal sistema.

Pero recordemos bien esto: no es fácil conseguirlo en un día, en una semana, en un año; el tiempo es un factor que no entra en nuestros cálculos. Supongamos que esta asociación no necesita más que tres meses para estudiar el asunto y va mas allá que nosotros mismos, gracias á su clara inteligencia y á sus deseos de estudiar. ¿Qué hacer con los que no tienen esa clara inteligencia y esos deseos de estudiar? No dejemos correr nuestro entusiasmo al par que nuestros juicios; tenemos ante nosotros una tarea ingrata y estamos más propicios probablemente al desmayo que al valor. La importancia del trabajo es tal, y los resultados finales sobre la condición de los trabajadores tan bastos que debemos sentirnos débiles en la realización de la tarea.

Se preguntará: ¿por qué ir á las callejuelas ó calles retiradas? ¿por qué no comprar una casa en uno de los principales parajes de la ciudad? ¿Por qué no arrendar un almacén establecido, etc.?

No arrendaremos almacenes porque la renta devora las ganancias, y ante todo necesitamos emanciparnos del propietario del suelo. Además, no necesitamos que estos almacenes se hallen, para empezar, en las principales avenidas; demasiado lo han evidenciado aquellos que intentaron esto, y en adelante es preciso ir á las callejuelas en donde habitan los pobres por más de una razón:

- 1.º Porque los pobres viven allí y nosotros los necesitamos para hacer el bien y aumentar el número de nuestros asociados y las utilidades;
- 2.º Porque en las callejuelas y calles de orden inferior las casas son comparativamente baratas y por tanto más fáciles de adquirir;
- 3.º Porque si logramos poseer una casa en esas calles podremos pronto, por medio de un trabajo diligente, silencioso y cauto, comprar casas en ambas aceras de ellas, y así podríamos adquirir calles propias y ocupar hasta una de las principales avenidas como poseedores, no como arrendadores.

Por otra parte, habitando en las calles secundarias nos creemos rodeados de trabajadores y podremos entrar en sus hogares, conversar con ellos y finalmente hacernos miembros de sus familias. Nuestros propios consocios podrán entonces hacerse apóstoles de sí mismos y llamar hermanos á los trabajadores de la vecindad. Podríamos de igual modo llevarlos á nuestras reuniones con sus familias y en nuestras mismas casas probablemente organizando lecturas semanales ó bisemanales y así conquistar á toda la vecindad indocta. Entonces y sólo entonces nos sentiríamos fuertes en nuestra obra y capaces de recorrer otros barrios donde habríamos de continuar nuestra tarea. Así daríamos á la asociación una habitación local y un nombre en cada Estado de la Unión y constituiría el primer paso y el más sencillo hácia la formación de lo que tanto deseamos: un centro, un domicilio, una oficina de cambio para el trabajo, una biblioteca, un gabinete de lectura, un salón de sesiones, etc., que servirían de centro de reunión, seguros siempre de hallarlo en el mismo sitio sin temor alguno de alteración ó cambio de domicilio.

Nosotros todos sabemos los inconvenientes y pérdidas que á un hombre origina en sus negocios particulares el cambio frecuente de su establecimiento, pues es imposible hacer buenos negocios en tales condiciones. ¿Cómo, pues, obtener buen resultado en los asuntos de la colectividad si no dispone de un lugar fijo, de un domicilio estable?

Es imposible calcular los gastos y beneficios de cada empresa sin estimarlo sobre bases hipotéticas. Además, variaría según cada localidad. Como este trabajo sería demasiado extenso, lo reservo para futuras consideraciones.

De todos modos, puede decirse que este asunto se ha presentado á los trabajadores de la ciudad de New-York hace quince años y á los de Philadelphia antes de 1872. Las uniones pagaban entonces desde uno hasta cuatro shillings por cada noche para sus reuniones. Las uniones tenían desde 150 á 7,000 shillings en sus diferentes tesorerías. Estas sumas fueron depositadas en bancos de ahorros, algunos de los cuales quebraron, y así la *imprevisión* de los trabajadores quedó una vez más de manifiesto. Si hubieran invertido estos ahorros en comprar tierra y construir un salón, los resultados habrían sido totalmente distintos. Si entonces hubieran seguido estos consejos, ahora los trabajadores poseerían su propio salón y no tendrían hoy que buscar *caridad* entre los políticos. Si empiezan ahora á hacerlo en unos cuantos años tendrán su salón correspondiente; si nunca dan comienzo á esta tarea jamás lo poseerán, pero continuarán pagando la renta á los propietarios y seguirán oprimidos por éstos.

Recientemente se ha despertado bastante interés sobre la cuestión fundamental para incitar la construcción de salones para los obreros y liceos en Chicago, Milville y Brooklin. En Paris el Consejo Municipal está elevando un edificio dedicado á las necesidades de los trabajadores en el centro de la ciudad, cuyo coste excede de 2.500,000 francos.

MISCELÁNEA

Es un hecho conocido desde 1744 que el mecanismo de la respiración es diferente en los dos sexos; la respiración de los hombres se verifica principalmente en virtud de los movimientos del diafragma; la de las mujeres por medio de la parte intercostal del pecho. De esto se había dado una curiosa interpretación, atribuyendo la diferencia á la previsión del periodo de gestación, en que el abdomen no puede consentir el fácil descenso del diafragma. La supuesta sabiduría de la naturaleza brillaba aquí en toda su plenitud. Pero el Dr. Mays de Filadelfia ha realizado una serie de interesantes experiencias que han arruinado tan bella teoría. Experimentando cuidadosamente en ochenta y dos jóvenes, una india de pura sangre y otras mestizas, ha demostrado que la forma peculiar de respiración intercostal de nuestras mujeres se ha desarrollado á causa de la constricción del abdomen, por el traje europeo. Todas las indias de pura sangre poseían la respiración estrictamente abdominal ó diafragmática, y la divergencia de esta forma se iba mostrando más ó menos en las mestizas. Los partidarios de la teleología de la naturaleza no salen muy bien librados en este punto; que al mismo tiempo debe servir de aviso á los que atribuyen todas las diferencias entre los dos sexos á necesidades fisiológicas absolutas. En todo lo que atañe al hombre, aun al hombre físico, el medio social es por lo menos tan poderoso como el medio biológico.

Un incendio que acaeció en una remota aldea de China destruyó uno de los más notables museos literarios y artísticos del mundo: el Museo de Confucio. El edificio era una antigua casa construída há muchos siglos cerca de Loo, en la provincia de Shan Tung; allí habitó el filósofo; en el parque de la casa está su sepulcro en la orilla del río Sze. Sus reliquias y los tributos consagrados á su memoria, generación tras generación desde 600 años antes de Cristo hasta ahora, todo estaba guardado en la casa

de Confucio últimamente destruída: allí estaban acumulados preciosos textos en piedra y en mármol, y comentarios de sus obras, maravillosos mosaicos en jaspe y alabastro, ricos vasos de porcelana inapreciables, sin contar las joyas de oro y plata enviadas á todo el Celeste Imperio y reverenciadas «aun por los bárbaros.» Todos ó casi todos estos tesoros se perdieron para siempre, por este deplorable acontecimiento, que ha sido reputado en China como una desgracia nacional.

Más de 15,000 obreros han recorrido las calles de Roma pidiendo pan y trabajo. Los manifestantes, poco deseosos de morir de hambre, han limpiado las panaderías y las tiendas de comestibles, á pesar de los consejos de la Federación artesana de los adormideras, que encontraban más lógico morir de miseria que alterar el orden público. Se han verificado más de cien prisiones. Las tropas se hallan concentradas en los cuarteles. El conflicto sigue latente.

Recientemente se ha celebrado en Albacete la inauguración del alumbrado público por medio de la electricidad, siendo esta población la segunda de la región española cuyas calles y plazas estén totalmente alumbradas por dicho sistema.

¡Ojalá pueda la luz acrática esparcer sus fulgurantes rayos con la misma actividad que su hermana en brillo, la eléctrica.

Los diarios franceses, tan patrioteros, se extrañan que los demás padezcan la misma enfermedad. Al llegar á Marsella el vapor italiano *Parama*, el director de la Compañía, italiano también, sólo empleó obreros italianos en la descarga. Indignación general entre la prensa burguesa, y lo que es peor, entre los mismos obreros franceses. ¿Cuándo dejarán los trabajadores de hacer el juego de sus naturales enemigos, disputándose la honra de ser explotados? ¿Cuándo comprenderán que sólo la unión y la solidaridad puede aliviarles?

Acaba de suicidarse M. Pascal, antiguo director del diario *L'Ordre* y prefecto que fué en tiempo del mariscal Mac-Mahon. Sabido es que los prefectos de aquella época sólo tenían la misión de perseguir á los individuos de ideas adelantadas y, en particular, á los socialistas. ¡Y uno de los que tanto han perseguido á los que querían cambiar la sociedad, tiene que valerse del suicidio para huir de esa sociedad, á la que tanto defendió y en la que ya no podía sostenerse!

Séale la tierra leve, y aprendan los otros.

Hace poco se verificaron en el Museo de Artillería varios ensayos de luz eléctrica con acumuladores inventados por el comandante de artillería Sr. Cabanyes. El número de los nuevos acumuladores ya construídos es de 160. Con 50 de ellos se han hecho funcionar 40 luces eléctricas incandescentes de la fuerza de 25 bujías cada una, pudiendo hacer funcionar hasta 50 luces con la misma batería.

También parece que se hicieron ensayos de la fuerza motriz que podrán producir los 160 acumuladores enviando toda la corriente á un dinamo de seis toneladas, con lo que se puede obtener una fuerza de 40 caballos. Con 20 acumuladores acoplados á una máquina Gramme, de 300 kilogramos, se puede obtener, según parece, una fuerza de 2 $\frac{1}{2}$ caballos. Cada acumulador tiene de peso 45 kilogramos de materia activa y cuesta 60 pesetas. La máquina dinamo ha costado 12,000 pesetas.

Los ensayos de fuerza motriz parece que tienen por objeto la aplicación de ésta como propulsor de un buque submarino proyectado, de 50 toneladas de desplazamiento y que funcionaría como torpedero, creyéndose que podría éste recorrer 900 millas con la fuerza motriz acumulada en la batería.

Va á establecerse comunicación directa de ferro-carril al través de Sud-América, del Atlántico al Pacífico. Tres años hace que el gobierno argentino construyó un camino de hierro de aforo fijo, de Buenos-Aires á la ciudad de Mendoza, en los Andes, sobre la frontera de Chile, 160 millas de Santiago, la capital de aquel país, la cual ya

estaba unida con Valparaíso, el más importante de los puertos del Sud Pacífico. Se piensa extender este camino por los Andes, una cadena de montañas de 20,000 piés de alto y completar la brecha de 160 millas, juntando á Buenos-Aires y Valparaíso y formando una línea de costa á costa.

El conocido constructor de buques mister Yarroun acaba de presentar en la última reunión de arquitectos navales de Londres una Memoria acerca de las «Ventajas obtenidas por el empleo de un líquido muy volátil, en lugar del agua, para la propulsión.»

En ella se especifican y demuestran los resultados alcanzados en una serie de experiencias hechas á bordo de una canoa de 11 metros de largo por 1'83 de ancho, cuyo casco de acero pesaba 710 kilos, y la máquina y generador 305.

La máquina está situada en la parte posterior, el generador sobre ella y la caldera, conteniendo 183 litros de hidrocarburo, se halla colocada delante. Esta comunica con las bombas alimentadoras de la máquina por medio de un tubo que sale al exterior á lo largo de la quilla. El hidrocarburo es así conducido al fondo del generador, donde se transforma en vapor, para ser en seguida, después de haber obrado en los cilindros, devuelto, bajo forma líquida, á la caldera de delante. Para conseguir esto, el vapor evacuado de los cilindros pasa por un condensador colocado en el exterior del barco, como se practica hoy en los torpederos.

Pero como en este caso las bombas alimentadoras no funcionaban más que cuando la máquina estaba en movimiento, ha sido necesario idear una instalación para conseguir previamente este movimiento. Para esto se ha colocado una bomba á brazo en cada lado: la de babor tiene un tubo de aspiración en comunicación con la caldera de delante y otro idéntico al de la bomba alimentadora de la máquina. Esta bomba á brazo sirve, por consecuencia, para aspirar el hidrocarburo de la caldera y hacerlo retroceder al fondo del serpentín. En cuanto á la bomba de estribor, acumula el aire en la parte superior de la caldera; este aire cargado de vapor de hidrocarburo se inflama fácilmente á la salida por una especie de hornillo suplementario colocado bajo el serpentín, formado por un tubo de hierro con pequeños agujeros. Basta, pues, hacer funcionar la bomba á brazo de estribor durante algunos minutos—de 2 á 6, según la temperatura—para alimentar el hornillo suplementario; y desde el momento que el serpentín ha sido calentado convenientemente, para atraer á su fondo el hidrocarburo, basta dar algunos golpes con la bomba de babor.

En este momento se ve subir rápidamente el manómetro, y cuando la presión es suficiente, se establece una comunicación entre la parte superior del serpentín y el horno principal que deja penetrar una pequeña cantidad de vapor y otra de aire, cuya mezcla se inflama inmediatamente. Cuando esta función está bien asegurada se cesa de maniobrar en la bomba de estribor y la llama se mantiene en el horno mientras haya vapor en el serpentín. La máquina entonces se pone en marcha y las bombas alimentadoras reemplazan á las dos de brazo.

Resulta, por tanto, que al cabo de 4 ó 6 minutos la máquina se ha puesto en movimiento, desde cuyo momento no es necesario ocuparse de ella, puesto que funciona automáticamente, siendo sólo preciso engrasar de tarde en tarde algunas piezas. La embarcación de M. Yarroun ha realizado así velocidades de 7 á 8 nudos, no consumiendo más, por hora, que 5 litros $\frac{3}{4}$ de hidrocarburo, cuyo coste ascendió á 7 céntimos por litro.

Fácilmente pueden apreciarse ya las ventajas incalculables que este descubrimiento ofrece; suprime el carbón; no hay necesidad de fogoneros ni de maquinistas, puesto que un solo hombre basta para dirigir la embarcación; pone en presión la máquina cuatro ó seis minutos después de encendida; toda la parte central del barco queda libre para los pasajeros y las mercancías; gran reducción de peso, etc., etc.

El director de las construcciones navales y el ingeniero jefe del almirantazgo inglés han asistido al ensayo de M. Yarroun y han reconocido que es la mejor y más útil aplicación hecha hasta ahora del llamado vulgarmente combustible líquido.

Tipografía LA ACADEMIA, de la Viuda é Hijos de E. Ullastres, Ronda de la Universidad, 6, 1.^ª planta.